DISCURSO CIVICO

pronunciado en el

TEATRO LLAVE, DE ORIZABA

la noche del 15 de Septiembre de 1889.

CONCIUDADANOS:

AL presentarme ante vosotros en vano intentaría disimular la emoción que en estos momentos me domina. Acostumbrado á refrenar mis sentimientos siempre que vengo á este lugar, para poner en concierto mis ideas y poder expresar con libertad mis pensamientos, experimento ahora no poca dificultad en conseguirlo. Y es que la grandeza del objeto que aquí nos ha reunido abruma de tal suerte nuestro espíritu, el espectáculo de un pueblo entero congregado para recordar sus antiguas desdichas y sus glorias pasadas conmueve tan profundamente el alma, que la mente se turba, el corazón palpita agitado por encon-

rados afectos y falta la voz para expresar lo que se siente. La festividad de esta noche tiene para mí, como tiene también para vosotros, toda la solemnidad de un recuerdo toda la hermosura de una esperanza; es al mismo tiempo un gemido de dolor y un grito de alegría; el homenaje de admiración, de respeto y gratitud tributado á nuestros Libertadores, y un acto de varonil firmeza, por medio del cual, encontrándonos en posesión tranquila de nuestra dignidad y nuestro derecho, tal parece que olvidamos nuestros antíguos infortunios para lanzarnos, osados y altivos, en busca de nuevos y desconocidos horizontes.

Tal es, á mi modo de ver, el significado de esta festividad, en la cual, como en otras veces, he recibido de la Respetable Junta Patriótica el honroso encargo de dirigiros la palabra. Formado este concepto, no he tenido necesidad de meditar largo tiempo lo que hubiera de deciros. Me basta recordar las primeras impresiones que recibí en mi infancia, porque todos hemos sido educados en el culto santo de la Patria, y precenciar ahora vuestro júbilo, vuestra alegría y vuestro patriótieo entusiasmo, para comprender todo lo que hay de universal, de permanente, de verdaderamente grande en esta fiesta, con la cual celebramos nuestro

advenimiento á la vida de los pueblos independientes, nuestro nacimiento á la vida de la libertad. Desdeñando, por esto, los auxilios de la erudición, haciendo á un lado los preceptos oratorios, y dejándome llevar de la espontaneidad del pensamiento, sólo buscaré mi inspiración en el espectáculo sublime que tengo ante la vista.

Si éste, por desdicha, no fuere tan grande como á mí me lo parece, dejadme, por favor, acariciar una ilusión que deseo que sea la última que me acompañe al sepulcro; porque si llegásemos á desesperar del porvenir de nuestra Patria ¿qué consuelo llevaríamos al dejar esta tierra para siempre?

Ya habréis comprendido el objeto de esta breve y sencilla alocución. Sin necesidad de recordaros hechos históricos que vosotros conocéis bastante bien, sin hacer apreciaciones que en último resultado no vienen á ser mas que la expresión del juicio particular del orador, me limitaré á hacer algunas reflexiones generales que os hagan comprender mejor el carácter verdaderamente sublime de esta festividad patriótica, avivando en vuestros pechos el culto sagrado de la Patria.

El principio de unidad es para los pueblos o que el principio de identidad es para los

individuos. Sin éste, las lecciones de la experiencia serían perdidas, el perfeccionamiento individual imposible, y la moralidad desaparecería del mundo. Sin aquel, los pueblos carecerían de historia; ese dulce y grato sentimiento que nos une al suelo en que nacimos, sólo podría explicarse por el hábito de recibir las mismas sensaciones, y nadie acertaría á comprender ni explicar la noción metafísica de la Patria; noción tan compleja que comprende en su vasta extensión todas las ideas que alimentan nuestra mente y todos los afectos que mueven nuestro corazón; así la lengua que hablamos como las leyes que obedecemos, la dulce tranquilidad del hogar doméstico y las nobles ambiciones del que se siente llamado á presidir los destinos de un pueblo; los recuerdos del pasado, los goces del presente, y las esperanzas del povenir.

Si yo no fuera el mismo que allá en mi infancia recibí de mis maestros las primeras nociones del saber y de mis padres los primeros ejemplos de virtud; si al llegar á la tumba no hubiesen de acompañarme los dulces recuerdos del poco bien que haya podido hacer en el mundo ó el cruel remordimiento de las faltas que haya cometido, decidme, os lo suplico, ¿qué sanción tendría la moralidad de mis actos? ¿Sobre qué base

descansaría el sistema de vuestras leyes civiles y penales, que suponen como condición esencial para su aplicación la identidad del individuo?

Lo mismo acontece con los pueblos. Tienen éstos una existencia aparte, independiente de la existencia de los individuos que los forman; son, como hoy se dice, organismos vivientes cuya vida se desenvuelve lógicamente en el transcurso de los siglos, y tienen también un destino providencial que cumplir en el mundo. Si no los consideráis de esta suerte, renunciad á explicar el progreso humano, romped las leyes todas de la Historia, suprimid toda idea de moralidad colectiva, y arrancad, si podéis, de vuestros pechos la raíz de ese hondo y profundo sentimiento que os hace ver en vuestra patria el centro de todos vuestros afectos, un título legítimo á vuestro orgullo, el motivo de vuestros constantes ahelos y el objeto de un culto tanto más ardiente cuanto ella sea más desgraciada.

¡Admirables resultados de la vida colectiva! ¡Manifestación grandiosa de los altos destinos del hombre! La sociedad civil vista á la luz del principio de unidad en virtud de cual los pueblos nacen, crecen y se perfecionan, no es ya como se ha supuesto alguna vez, el vínculo pasajero formado por los

hombres para repeler las agresiones exteriores, sino una necesidad inmanente de la naturaleza humana, y una de las más hermosas formas con que se manifiesta ese incesante afán de prolongar nuestra vida más allá del breve espacio que separa la cuna del sepulcro. Pasan las generaciones sucediéndose las unas á las otras con espantosa rapidez; nuestra vida se desliza breve y fugaz como la nube que el huracán deshace, como la estela que deja la ligera nave al surcar las aguas del océano; pero el pueblo de que formamos parte, la nación que un día nos contó en el número de sus hijos, vivirá muchos años, tal vez muchos siglos, después que nosotros hayamos dejado de existir.

De estas consideraciones generales, que nada tienen de abstracto y metafísico y que están al alcance de todas las inteligencias, resulta, á mi modo de ver, como una consecuencia necesaria, el derecho que tuvimos para proclamar nuestra independencia y los justos motivos que tenemos para celebrar con toda la embriaguez del entusiasmo y con toda la efusión de nuestras almas un acontecimiento tan grandioso, trayendo á la memoria los amargos sufrimientos, de nuestros Libertadores, su incomparable denuedo y heroicos sacrificios.

La independencia es la vida de los pueblos. Sin ella ¿qué otro bien podrían alcanzar? El venerable Cura Hidalgo y los primeros defensores de la Independencia Nacional sabían bien que la calumnia, el oprobio y el martirio serían el premio de su valor, de su abnegación y de su virtud; mas ¿qué importaba todo esto si sabían también que al caer atravesados por las balas en los campos de batalla, ó heridos por la muerte en afrentoso patíbulo, daban vida á un pueblo generoso, heredero en línea recta de la hidalguía castellana y de la tenaz bravura del azteca; primer representante en este continente, de la noble raza latina, dueña por muchos siglos de los destinos del mundo; á un pueblo alumbrado ya por los vivos resplandores de la civilización cristiana, y poseedor de una de las lenguas más armoniosas de la tierra; de un pueblo en fin, que si hasta hoy ha sido grande sólo por sus errores y extravíos, redimido, no obstante, por rasgos de heroico valor y de invencible constancia, mañana tal vez será más grande por los nuevos destinos que la Providencia le prepara.

Debemos, pues, nuestra vida como nación independiente, á los que con razón hemos llamado con el dulce y tierno nombre de Padres de la Patria. Nacimos á la vida

política de los pueblos el 15 de Septiembre de 1810, y hemos vivido durante más de medio siglo alentados siempre por aquel soplo de vida. Somos, como entidad colectiva los mismos que gimieron durante tres centurias en dura esclavitud, los mismos que lanzándose intrépidos á vindicar sus derechos, prefirieron según la hermosa expresión del historiador romano, los peligros de una libertad turbulenta á las tristezas de una servidumbre tranquila; somos los mismos que habiendo agotado nuestras fuerzas en estériles luchas y en guerras fratricidas, aleccionados por las rudas enseñanzas de la experiencia, nos sentimos ya dispuestos á reparar los daños causados por tantos errores y por tantos extravíos, dando así honra á nuestros Libertadores, gloria á nuestra Patria, y felicidad á nuestros hijos.

¿Hay, en vista de estas consideraciones, quien pueda dudar que esta sea la más grande de nuestras festividades, la más espléndida manifestación del amor á la vida, á la independencia y á la libertad que arde en nuestros pechos y que inflama nuestros corazones? Si un pueblo permanece siendo el mismo á pesar de las vicisitudes de la política, del cambio de las costumbres, de la instabilidad de las instituciones y de la ruina de los gobiernos, ¿no tenemos razón para llorar en esta noche con amargo desconsuelo, el cruento sacrificio de nuestros Padres, para llenarnos al mismo tiempo de júbilo al presentir la grandeza y la gloria de los que más felices que nosotros vendrán á recoger los frutos de paz y prosperidad de una simiente sembrada en medio de tantas lágrimas, regada con tanta sangre y que sólo puede hacer fecunda el arrepentimiento y el perdón?

¡Ah, qué grande y hermoso es—vuelvo á repetir—el concepto sublime de la Patria, cuando se le considera así extendiéndose más allá de los estrechos límites de nuestros mezquinos intereses de un momento, en una esfera aun más amplia que el pequeño círculo que encierra nuestra existencia! ¿Qué importa entonces el desconocimiento de nuestros servicios, el desdén de nuestros contemporáneos, ni la calumnia de nuestros enemigos? Nuestra vida no es ya la vida de unos cuantos años, sino parte de la vida de un pueblo entero; nuestra patria no es ya el obscuro rincón del mundo donde nos tocó nacer, sino el conjunto armonioso de todos nuestros recuerdos y de todas nuestras esperanzas, la síntesis admirable de nuestros dolores pasados y de nuestras alegrías futuras, la prolongación indefinida de nuestros más vivos sentimientos y

de nuestros afectos más puros. Qué importa —lo repetiré de nuevo— que nuestro nombre desaparezca borrado por el olvido, si este pueblo de quien formamos parte, y del que serán parte nuestros hijos, vive, y vivirá próspero y dichoso, si cuerdos y sensatos, imitando las virtudes de nuestros Libertadores, sabemos sacrificarlo todo al bien de nuestra Patria?

—

He terminado, Conciudadanos. No puedo, no quiero decir más, porque temo haber fatigado demasiado vuestra atención.

Dentro de breves instantes, el ruidoso sonar de las campanas, el estruendo de la artillería, y los toques marciales de las músicas militares os harán recordar con más viveza que este fué el momento solemne en que el Venerable Cura de Dolores, proclamando ante la faz del mundo entero nuestro derecho á una vida independiente, decidió nuestros destinos.

Al contestar al tradicional grito que resume en una sola voz las emociones todas de esta noche y los deseos de toda nuestra vida, tened presente que ese grito resonó

hace ochenta años para anunciar al mundo el nacimiento de un pueblo nuevo, que ese mismo grito resonará en los tiempos futuros, para atestiguar ante la Historia la eternidad de nuestra gratitud, la permanencia de nuestro sér, y el cumplimiento de nuestros gloriosos destinos.